

—No, todavía no. Estoy contenta á tu lado, y no tengo el menor deseo de ver otras caras que las de tus amigos.

Hablando de este modo era sincera. Sin embargo, los Brandón, sumidos en un asombro, que aumentaba de día en día, habían querido darse exacta cuenta de lo que pasaba en Saint-Cloud. El ayuda de cámara que había acompañado á Julia y llevado los baúles de Susana, fué enviado por Harry para interrogar á la doncella. Ésta no se había hecho rogar mucho para hablar.

—Amigo Saturnino, puede usted decir á los compañeros que estoy bien, y que no me aburro lo más mínimo. Nuestra vida es un encanto continuado. No hay nada que hacer y respiramos un aire excelente. La señora se pone por las mañanas el traje que se ha quitado la víspera, y la mujer del jardinero limpia las botas, incluso las mías. Yo estoy reponiéndome. Al terminar la temporada habré rejuvenecido lo menos diez años. Me parece que vuelvo á ser una muchacha, como en los tiempos en que vivía en la calle Tholozé, al pie del *Moulin de la Galette*. Aquí vienen gentes extraordinarias, que hablan mejor que en el teatro y hacen música que revuelve la sangre, lo mismo que si fuesen artistas de la Ópera que cantasen. La otra noche el señor Labarre leyó la comedia que tiene que estrenar Guitry; y por la puerta del comedor, que estaba entreabierta, la estuve escuchando. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no

aplaudir. Es un ambiente completamente distinto al de los «crastacueros» de la plaza de los Estados Unidos. Puede usted decirles todo esto, pues no soy tan torpe que no comprenda que le han enviado á usted para sonsacarme. La señora se divierte, come y quiere á su marido. Creo que por el momento pueden despedirse de ella.

—Por ahora está bien—replicó el ayuda de cámara,—pero veremos más adelante.

—Más adelante..... Si yo estuviese en el lugar de la señora, sucedería lo mismo que ahora; pero esto es cuestión de carácter. Los americanos son variables. Deben tener sangre de emigrante en las venas. Parecen dichosos, tranquilos y reposados, pero á lo mejor salta el viento y se van. Cruzan los mares, atraviesan los continentes en todas direcciones, siempre con la pipa en la boca y bebiendo *whisky* con hielo todo el tiempo que dura el viaje. No hay nada que garantice que una mañana cualquiera no le dará un vértigo á la señora. Yo lo sentiría mucho por ella, y también por mí; primero, porque causaría un verdadero pesar á su marido, y después, porque sería tirar piedras á su tejado.

La relación de Saturnino, oída por la señora Brandón y Harry con un estupor que no les permitió decir una palabra, coincidió con la llegada de una carta del jefe de la familia, que escribía desde Cincinnati, contestando al cablegrama que les habían dirigido al día siguiente de la marcha

de Susana. Brandón acusaba á su yerno de captación y desvío, y amenazaba con intervenir para poner las cosas en orden. En el cerebro del americano, acostumbrado al servilismo humano, la pretensión de Derstal de llevarse á su mujer, haciéndola vivir fuera del domicilio paternal, tomaba proporciones de insubordinación. Partidario de todas las libertades en su país, se sentía dispuesto á todas las opresiones en los países extranjeros. Manifestaba la intención de obligar á su hija á que volviese á su casa. Le parecía evidente que Susana sólo había podido obedecer á las severas órdenes de su marido, y disponía que se le prestase inmediato socorro.

«Que se pague cuanto sea preciso para que mi hija recobre su libertad. Susana no ha venido al mundo para vivir privada de todo en la morada de un artista.»

Su hijo le contestó diciéndole que Susana no carecía de nada, que parecía muy satisfecha y que se había marchado por su propia voluntad.

«Está representando el papel de burguesa, y en estos momentos se alimenta con amor y agua clara, una choza y un corazón. No puede ser más novelesco, pero será cuestión de una temporada. No se enfurezca usted por unos compases de espera, que sólo conseguirán divertir á mi hermana durante algunas semanas. El mes de mayo se acerca, y con él empezarán las grandes reuniones. Todos los días recibimos invitaciones, y yo se las

mando regularmente á Susana para tenerla al corriente de los placeres que desdeña. En fin, tengo un proyecto personal que pienso poner en ejecución muy pronto; no doy más explicaciones, porque usted tendrá que ver los efectos. Jim sigue aquí: se aburre, pero quiere á Susana más que nunca; y si un buen divorcio nos devuelve á mi hermana, después de esta falsa maniobra matrimonial, se dará por muy satisfecho casándose con ella. Entonces la familia Brandón, desembarazada de ese intruso que ha introducido en ella la perturbación, volverá á ser todo lo unida y fuerte que ha sido siempre.»

El proyecto de Harry era de los más sencillos: había sabido que Derstal estaba de acuerdo con el director de la Ópera para fijar cuándo había de ensayarse la tan esperada *Veneciana*. Una nota de los periódicos anunciaba al público que todo estaba resuelto entre el compositor y la dirección del teatro. Al mismo tiempo se había tratado del reparto de la obra y hecho una intencionada alusión respecto á la intervención de Eva Brillant en la interpretación de la Ópera. «El joven maestro, ¿obtendrá el concurso de la admirable creadora de *Erin*? Entre el éxito de esta obra y la aparición de *La Veneciana* ha pasado mucha agua entre Europa y América.»

Harry, con mucho acierto, pensó: «Derstal tiene un gran interés en apaciguar los rencores de Eva. Sin duda alguna entablará negociaciones con ella

por medio de sus amigos; esas negociaciones acabarán con una entrevista para firmar la paz. Si puedo tener al corriente á Susana de lo que fácilmente le parecerá una reconciliación entre Derstal y la cantante, introduciré la división en el matrimonio, y entonces una intervención atrevida de nuestra parte tendrá todas las probabilidades de acarrear disensiones irremediables. Si conseguimos que Susana éntre en casa, no volverá á salir.»

Las conjeturas de Harry eran exactas: á consecuencia de la noticia publicada en el periódico, Lavirón y Pinchart habían ido á ver á Eva. Con su lealtad y franqueza acostumbradas, la cantante había declarado á los amigos de Derstal que debía demasiado al compositor para detenerse ante miserables cuestiones de amor propio. Les refirió la explicación que había tenido con su antiguo amigo la noche del estreno de *Atala*, en el coche en que Derstal había subido con ella; por lo tanto, no había que firmar ningún tratado de paz. Separados por los caprichos de la vida, podían aún estar reunidos en el camino del arte; en cuanto á lo que á ella se refería, estaba dispuesta á despreciar los comentarios y á cantar *La Veneciana*.

Al conocer las buenas disposiciones de Eva, Derstal se había puesto á trabajar con mayor entusiasmo todavía. Era el momento en que su inspiración, bajo la influencia de la seguridad moral que le daba la presencia de su mujer en su casa, y

bajo la presión del orgullo por haber triunfado de los Brandón, se manifestaba con mayor poderío y esplendor. Según decía él mismo, se sentía tan dueño de su obra, que se paseaba por ella para perfeccionarla, del mismo modo que habría podido pasearse por su jardín. Su absorción fué tan completa, que ni siquiera observó algunas desigualdades de carácter, manifestadas por su mujer. La joven había recibido de su hermano, una tras otra, dos cartas, en las que se acusaba á Derstal de haber hecho dos viajes á París para encontrarse con Eva Brillant. Para dar fuerza á la denuncia, la acompañaba de un recorte de periódico: «Ayer tuvo lugar en la Ópera la lectura de los dos últimos actos de *La Veneciana*. A esta solemnidad artística asistieron los jefes de servicio y la gran artista, futura creadora del principal papel, Eva Brillant.»

La noticia era falsa. Los dos últimos actos de *La Veneciana* no se habían leído, por la poderosísima razón de que no estaban todavía terminados. Harry era quien había hecho insertar la noticia en el *Correo del Teatro*, valiéndose de un redactor poco escrupuloso; pero Susana, herida en lo más vivo, no había reflexionado, no había comprobado nada, y, sobre todo, había guardado con Derstal una gran reserva. La duda que ya en diferentes épocas la había atormentado, volvía á enseñorearse de su espíritu con persistencia tenaz. Todo lo que su familia le había dicho después de

la marcha de Derstal atormentaba su memoria: «A los artistas nunca se les tiene seguros: engañan con inconsciencia singular, bajo la presión de sus intereses, ó arrastrados por su capricho. La facilidad de costumbres que hay en el teatro da una seguridad muy mediana á la mujer, cuyo marido vive en ese medio febril. Si Derstal se separa de nosotros, lo hace con el objeto de estar más libre. ¿Qué obligaciones pesan sobre él en esta casa en donde no hace más que lo que se le antoja? Las razones que da no son más que pretextos. Si tuviese ganas de trabajar, trabajaría; quiere vivir como un bohemio, y eso es todo.»

El amor propio de Susana se rebeló contra la posibilidad de una traición de su marido. ¡Cómo! Después de los sacrificios que ella había hecho, cuando se había separado de su familia, de sus relaciones, y abandonado sus placeres para vivir con él en una casa de campo solitaria, en un país inhabitado, y durante la peor estación, ¿le correspondería dándole una rival? ¿Y cuál? Su antigua querida, la misma que había dejado para casarse con ella. ¿No era todo aquello una venganza concertada por la abandonada para triunfar de ella á su vez? ¡Qué hermosa revancha! Por añadidura, la realzaría un escándalo mundano. Pensando estas cosas Susana se devanaba los sesos; en su soledad combinaba las probabilidades, y Derstal no había aún pensado en volver á ver á Eva Brillant, cuando ya su mujer le creía su amante.

Aquella noche, satisfecho y triunfante el compositor, terminó su obra con la instrumentación del coro final, en el que estaban hermosamente combinadas con la orquesta las campanas de San Marcos y la charanga del escenario. Salió de su gabinete, y con la mayor alegría fué á reunirse con Susana, que contemplaba con indecisa mirada los negros macizos del bosque de Bolonia. Cogéndole con efusión las manos, exclamó:

—Ya está. Por fin he terminado *La Veneciana*. Ahora ya puedo descansar, gozar de la vida y darme buenos ratos.

—¿No gozabas de la vida ni te dabas buenos ratos antes? —preguntó Susana con repentina vivacidad.

—Querida mía, ¿qué significa ese modo de hablar? Nunca me he sentido más contento. ¡Ah! La obra terminada, y bien terminada. ¿Comprendes? ¡Qué satisfacción tan grande para mí!

—Sí, creo que la satisfacción de tu trabajo domina en ti todas las demás.

—¿Por qué ese tono de reproche? —preguntó el compositor con dulzura y con asombro. —¿Te he contrariado en algo?

—Ni por asomo. He comprendido mal tus palabras. No debes olvidar que soy extranjera, y que con frecuencia el sentido oculto de las frases se me escapa.....

—Si yo hablase inglés, como tú hablas francés, me daría por satisfecho. Pero no, Susana, á ti te

pasa algo más. ¿Te aburres? Hace dos días que llueve y no has podido salir. Entretanto yo, olvidándome de todo, escribía los últimos compases.....

—Tú lo olvidas todo, es muy cierto.

—¿Todavía? Decididamente, Susana, hoy estás mal dispuesta. Mañana traeré á Labarre y á Pinchart para que coman con nosotros. Ellos te distraerán.

—¿Vas á París mañana?

—Sí. Tengo cita en casa de mi editor.....

—¿Con quién?

Derstal enrojeció ligeramente. Fijó los ojos en su mujer y dijo sin la menor vacilación:

—Pues con mi editor.

—Está bien. Yo iré á casa de mi madre, pues tengo necesidad de hablar con ella. Se queja de que no voy á verla.....

—Tiene razón, y haces muy bien en ir á verla. Si quieres, nos iremos juntos.

—Convenido.

En su interior Susana se decía:

—Ha mentido. Su rostro se ha turbado. Seguramente irá á ver á Eva; pero yo lo sabré.

Entró en su habitación, escribió una tarjeta á su hermano, y encargó á Julia que la llevase aquella misma noche á París.

VI

En el coche que la llevaba á la plaza de los Estados Unidos, Susana hablaba con su hermano. Se había separado de Derstal al pie de la escalera de la estación, y ante el hotel Términus encontró á Harry, que la estaba esperando. Una vez en el carruaje, dió cuenta á Susana de la ejecución de sus instrucciones.

—Como me suplicabas en tu carta de ayer, querida hermana, he dado las órdenes necesarias para que desde por la mañana vigilaran la casa de la señorita Brillant. He encargado de esta misión á un hombre admirable, que ha sido funcionario en la Prefectura de policía y que no nos engañará, como suelen hacerlo los que se dedican á hacer pesquisas en interés de las familias. Hora por hora estaremos informados de cuanto pase. Tendrás que ver lo bien organizado que está el servicio. Si la hermosa Brillant va, como es probable, á encontrar á Derstal, ó si Derstal va á su casa, lo sabremos al momento, á fin de que puedas tomar una decisión que esté conforme con tu dignidad.

—¿Tú crees que Derstal y esa mujer se verán?

—Querida mía, mi convicción y nada vienen á ser la misma cosa. Aquí de lo que se trata es de darte una prueba. Cuando hayas visto, si es que